CAPÍTULO PRIMERO

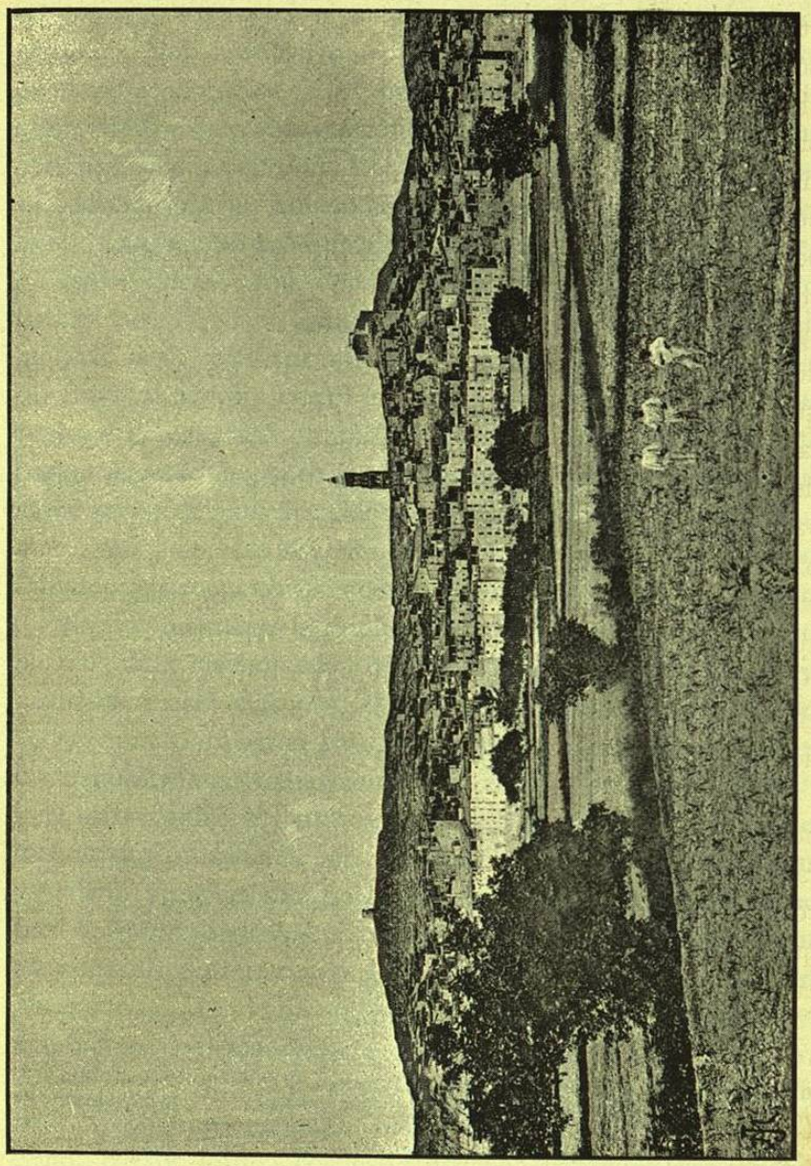
Fraga.—De Fraga á Sijena

IRANDO á Fraga desde los yermos montecillos que por la parte de Lérida la dominan, se la ve descender en anfiteatro por la áspera pendiente hasta las orillas del Cinca, cual si se hubiese deslizado de la altura, buscando en el río un poco de frescor y vida. Vense las viejas casas destacar sobre las aguas, cuyo mate plateado realza el verdor de la deliciosa huerta que á lo largo de la otra orilla se extiende, al pié de los cerros rojizos del lado de Aragón no menos áridos que los del lado de Cataluña. Algunas granjas, algunas blancas casitas esmaltan la huerta asomando por entre los árboles; coronan las cuestas de enfrente la ermita de San Simón, y el antiguo convento de San Salvador abandonado por los Trinitarios desde la invasión francesa, y más lejos asoma algún pueblecillo junto al río serpeador. Replegando la atención sobre la ciudad, no encuentra más pábulo

que el gigantesco campanario de la parroquia. Ningún genio descolló tanto entre los hombres de su siglo, ningún barón levantó con más orgullo la frente entre sus humildes vasallos pendientes de sus órdenes, como el que ostenta entre mezquinos tejados y ruinosos desvanes aquella altísima torre bizantina, gótica y moderna, en la cual parecen haber trabajado todas las generaciones, y haberse sobrepuesto como capas los estilos que en distintas épocas dominaron.

Menos original, pero tal vez más lindo, aparecerá el aspecto de la que puede llamarse puerta principal de Aragón, en razón de su categoría de ciudad y de lo concurrido de su carretera, si se la mira sentado en la sombría alameda desde el otro lado del manso y traidor Cinca, en cuyas aguas se refleja la línea monótona de sus casas, descollando también entre ellas el campanario aunque no con tanto efecto como desde la altura mencionada. De todas maneras, ora venga el viajero del corazón de la provincia, ora del vecino principado, desde lo alto de la cuesta que por uno y otro camino tiene que bajar, Fraga aparece á sus ojos, cansados de horribles yermos y monótonas llanuras, como un oásis oculto y encajonado en medio del desierto, brindándole al descanso la sombra de sus frutales. Situada en medio de dos eriales de los que suelen marcar los límites entre las provincias, ambas se disputaron á Fraga en tiempos antiguos, pretendiendo Cataluña fijar su término en el Cinca, y Aragón en el Segre; hasta que al fin transigieron al parecer, quedándose Cataluña con el territorio que media entre los dos ríos, y Aragón con la ciudad. Aún recuerda el lenguaje de los naturales que Fraga fué catalana hasta el siglo XV, y que su señor el de Moncada era un barón catalán.

Pero si Fraga presenta animación es en sus alrededores; en su interior aparece poco menos desierta que los desiertos que la cercan. Su vida está en la vegetación de sus campos, y no en el movimiento de sus habitantes. Labradores estos en su mayor parte, abandonan desde el amanecer sus viejos caserones, á los



FRAGA.—VISTA GENERAL

cuales por lo común no se restituyen sino á la caída de la tarde atravesados en sus machos, ó con sus instrumentos agrícolas al hombro, en numerosas bandadas como las aves que buscan su nido, ó las greyes devueltas á su aprisco. Entonces el nuevo puente de madera resuena estrepitosamente con las pisadas de las caballerías, y viene estrecho á la multitud que por él desemboca en la ciudad; en todo lo demás del día se ven solitarias sus pendientes y tortuosas calles, tan destituídas de antigua poesía como de policía moderna, y ahogadas entre casas en que no suple las bellezas arquitectónicas de otros siglos la regularidad del nuestro. Las diligencias, esas caravanas de la civilización, que pasan desdeñosas á lo largo de Fraga, no han logrado establecer allí un punto menos incómodo de descanso, ni levantar del fondo del Cinca el puente de piedra que bajo sus aguas yace; dos años há que tenían que apelar al auxilio de una barca para atravesar el indómito río en clase de pasajeras, maniobra imponente durante la noche; imposible á veces por algunos días en las crecidas de invierno, y nunca corta ni exenta de peligro (1). Fraga sirve de canal al torrente de vida que sin cesar circula entre la capital de la monarquía y la provincia más industriosa del reino, sin retener para sí ni una sola gota.

Bajo el aspecto artístico y al través del prisma del anticuario no cobra la ciudad mayor interés. Levantad la cabeza á las ventanas semicirculares de los desvanes que á modo de galerías coronan algunas casas del siglo XVI prestándoles cierta gracia, y que observaréis mejor en las demás ciudades de Aragón; leed en algunos escudos de piedra entre otros nombres de antiguas

(1) Sucedía esto antes de 1844, y ya no alcanzamos á ver entonces la famosa maza de Fraga, *que saca polvo de debajo del agua*, formidable martillo que, desprendiéndose por entre dos colosales vigas, caía á plomo sobre las estacas que se clavaban en el fondo del río. En 1847 fué reemplazado el puente de madera, puesto sobre veinte pilares, con uno colgante de hierro que tampoco resistió muchos años á la corriente, y que se ha emprendido reconstruir en estos últimos con más solidez y magnificencia. Establecida por Monzón la línea férrea de Madrid á Barcelona, Fraga se ha quedado fuera del movimiento que recibía de la frecuentada carretera, aunque no renuncia á la esperanza de recobrarlo.

familias los de los Catalanes y Monfortes; investigad en el interior de varias habitaciones, por entre la cal que los cubre, ó derribando en la imaginación los tabiques que los dividen, algunos restos del arte gótico: vuestra misión estará cumplida. En la plaza cuadrilonga del *Cegoñé*, tan fría, tan desnuda y sin embargo la principal, cuyo extraño nombre deriva de una vieja torre allí dejada donde solían anidar las cigüeñas, nada os llamará la atención, si no alcanzáis la fortuna de verla en un día de estas fiestas de cofradía frecuentes en la buena estación, animada por la tarde con bailes del país, ó alumbrada de noche en medio de un júbilo y algazara sin igual por fuegos artificiales, cuando las carretillas barren el suelo circulando entre las oleadas de la multitud, cuando los traviesos cohetes hostigan de uno á otro lado los balcones coronados de gentes, ó se elevan rápidos á considerable altura, perdiéndose al parecer en el estrellado cielo.

En la otra plaza situada á espaldas de la parroquial de San Pedro producen no vulgar contraste los puestos de fruta y verduras, y la animación y bullicio reconcentrados allí como en el corazón de la ciudad, con aquel ábside semicircular formado de colosales y ya denegridas piedras, con aquella ventana bizantina severa y única como el ojo de un cíclope, á la sombra de aquella torre altísima que si se cayera toda de una pieza, parece debería tocar con la punta de su torcida veleta, á guisa de radio, á cualquier extremo de la circunferencia. Desde la citada plaza preciso es estudiar la arquitectura de la torre en sus tres cuerpos. Cuatro órdenes de ventanas adornan el primer cuerpo bizantino, bizantinas también las de más abajo, de arco apuntado las segundas y las terceras, y por entre las de más arriba se ven voltear las campanas. Siguiendo en su gradación la arquitectura, siempre más reciente á proporción que se eleva el campanario, se ven elegantes ajimeces partidos por una columnita en el segundo cuerpo gótico coronado por una baranda y cuatro merloncillos; sobre el cual se eleva el tercer cuerpo octágono, terminado por una pirámide de muchos lados al estilo moderno. Si

respeto causa la torre vista desde el pié, causa temor desde su altura calar la vista en las estrechas calles y bajos techos que la rodean; y los ojos no gozan como debieran con la encantadora vista del río y de la vega, si por acaso notan las anchas rendijas y mal trabadas piedras de los muros y del pavimento, funestos síntomas de ruina.

Digna era de la torre la iglesia puesta bajo la advocación de San Pedro, cuando empezó á levantarse en la última mitad del siglo XII, como persuaden á la vez su primitiva arquitectura y la época de la conquista de Fraga en 1153; y más digna se presentaría, cuando introducía á su puerta principal de la derecha una especie de pórtico formado por arcos en degradación al estilo bizantino, y adornado con esculturas, que se destruyó en este mismo siglo para dar no sé qué ensanche á la iglesia. La relación incompleta de los que alcanzaron á verlo no basta para formar una aproximada idea del mérito ni aun de la disposición de aquel pórtico, de cuyos detalles tal vez formaba parte el relieve engastado á la izquierda de la capilla por donde se entra. ¿Qué representan aquellos tres caballeros y dos peones, aquel anciano tras de un árbol, aquella fábrica gótica, y aquellos tres repugnantes esqueletos, groseramente esculpidos en la piedra? No es más fácil adivinar la procedencia que el sentido de aquel geroglífico, que se presenta más espantoso cuanto más ignorado.

Ahora la puerta principal ostenta por único adorno sus molduras bizantinas, su cornisa esculpida con grotescas figuras de ángeles, santos, diablos y dragones, y dos aislados nichos ocupados por antiquísimas estatuas de San Pedro y San Pablo. Á la portada corresponde la iglesia de una sola nave, que en las ventanas casi semicirculares en las cuales se reconoce apenas la naciente ojiva, en la forma de los arcos de las capillas, y sobre todo en el muy elegante y adornado de lindos florones que da entrada al coro situado á los piés de ella, manifiesta muy bien su construcción bizantina. De aquellos macizos muros arrancan delgados arcos para formar la bóveda, entrelazándose en medio

de ella y trazando variados dibujos de relieve esmaltados en los puntos de intersección por florones ó claves doradas, moda que estuvo muy en boga en los últimos tiempos del gótico, especialmente en Aragón donde esos historiados techos realzan con más ó menos gusto, con más ó menos riqueza, desde las ermitas hasta las catedrales, y aun á veces los edificios civiles. De tal manera cundió esta emulación, que en la mayor parte de templos se transformaron ó renovaron las sólidas y antiguas bóvedas para acomodarlas al delicado gusto de la época, y no fué Fraga de las últimas en que un techo del siglo XV ó mejor del XVI cobijó una fábrica del siglo XII. Los arcos del ábside se reunen en la clave imitando una linda media estrella, cuyos extremos parecen reposar sobre la complicada mole del altar mayor. Una custodia de estilo gótico bastante puro, y más bien trabajada que rica, y un sepulcro del mismo gusto á la entrada de la sacristía, sin inscripción alguna, pero sembrado de escudos de campanas y castillos entre sí interpolados, son las únicas particularidades que encierra la parroquia fuera de la nave de la iglesia.

Dos veces vió ésta reunidos en cortes dentro de su recinto á los prelados y próceres, á los caballeros y universidades de Aragón, en 1384 y en 1460: la primera vez para confirmar las donaciones con que un rey violento, ciego de amor en su decrepitud, colmaba á su cuarta esposa en daño de sus hijos; la otra para jurar por rey á un padre desnaturalizado que negaba á su primogénito el derecho de sucederle en el trono, con el fin de prolongar así su usurpación desde el sepulcro. En Fraga estaban reunidas las cortes de Aragón representadas por setenta y dos personas, cuando Juan II prendió en Lérida, donde se hallaban congregadas las de Cataluña, á su hijo el de Viana; desde allí negociaron la libertad del príncipe, alcanzando que fuera conducido á ellas, aunque prisionero y á costa de no hacer valer los fueros aragoneses en provecho suyo; por allí, en fin, vieron pasar fugitivo al bárbaro padre, cuando tremoló en Barcelona y en

Lérida el estandarte de la sublevación, que muy pronto plantaron los indignados catalanes en las almenas del castillo de Fraga, penetrando en la villa como enemigos.

¿Cuál era de esas ruinas que coronan las eminencias que dominan la población, ó de esos castillejos construídos ó renovados para más recientes guerras, el que entonces prestaba á Fraga amparo y defensa? Se ignora: su alcázar ha desaparecido, y sus antiguas iglesias sirven ahora de castillo. El de más lejos es la iglesia de Santa Margarita, la primera, según tradición, en que después de la reconquista se adoró al Dios de los cristianos. El de más cerca es la de San Miguel, un tiempo parroquia, unida por Pío V á la de San Pedro en 1568, cuya nave dividida ahora en pisos á modo de cuartel, indica, sin embargo, que no carecían, ella de espaciosidad, ni de gracia sus arcos ojivos que sostienen una techumbre enmaderada, según el uso imitado de los árabes en las iglesias primitivas.

Algunos torreones derruídos es lo único que se conserva de los fuertes muros en los cuales vinieron á estrellarse el poder y la gloria de Alfonso I: un lienzo de muralla queda en pié hacia el norte de la ciudad sobre la áspera pendiente del barranco que llaman de Tersana. Pensamientos infunde de tristeza y espanto sumir los ojos en aquella hondura, yerma cual si la hubiera maldecido la desgracia, calcinada cual si hubiera devorado cuantiosas fortunas y vidas: y si acaso al preguntar el espectador en qué día se encuentra, le responden cabalmente *el 7 de setiembre*, y guarda la memoria de aquel día escrito con sangre en las crónicas aragonesas, entonces la imaginación reedifica aquellos muros, los corona con arábigas almenas, y las almenas con cien y cien turbantes que hormiguean y se agitan. Y ve desprenderse una lluvia de flechas, y rodar gruesos peñascos por la pendiente, en cuyo fondo brillan los cascos y ondean los plumeros de un valiente pero reducido escuadrón, al cual su brío llevó demasiado lejos en persecución de los rapaces invasores allí guarecidos. Y luégo, al caer de la tarde, parece que el rumor se amortigua,

y que le sucede un silencio todavía más triste; todo es mortandad al pié de los muros, todo dentro de ellos es alegría y victoria. Á la luz del crepúsculo se ve deslizarse por las riberas del Cinca arriba un grupo de caballeros con un cadáver sobre sus hombros, encerrado en la pesada armadura, menos la cabeza que descubierta ostenta las nobilísimas facciones del semblante y una blanca barba descendiendo sobre el pecho; y aquel cadáver es el del conquistador de Zaragoza, del soberano y luégo vencedor de los castellanos, del emperador de las Españas, del vencedor en veinte y nueve combates, del terror de Córdoba, del que en las costas de Granada se complació en surcar las olas como para imponerles su yugo, y cual si presintiera el poder marítimo de sus sucesores.

Había visto el Ebro bajar por su corriente desde Zaragoza en *buzas* y galeras á Alfonso el Batallador con los obispos y ricos hombres principales de su reino; había visto tremolar su enseña, después de largo cerco, en el fuerte castillo de Mequinenza: Fraga tembló, y su valí llamó en auxilio suyo al de Lérida, consiguiendo resistir encastillado á los esfuerzos del rey cristiano durante todo el otoño de 1133 y la siguiente primavera. El 19 de Julio de 1134 fué un preludio funesto de la catástrofe de 7 de Setiembre; el primer día perdió Alfonso la esperanza de tomar á Fraga, y levantó el sitio con grande estrago de los suyos; pero llamado, de nuevo, á aquella frontera por las correrías de los moros cuya insolencia se había acrecentado, y adelantándose á sus tropas con 400 escogidos jinetes, perdió la vida con la flor de sus caballeros. Hay quien señale por teatro de esta tragedia los campos de Sariñena, otros los de Zaidín, los más lo sitúan al pié de los mismos muros, y allí es donde goza en representársela la fantasía. El cadáver del Batallador desapareció (1), y sólo muchos años más tarde le hallamos sepultado en Monteara-

(1) En aquell mateix any feu altra batalla en Fraga ab moros, e perdés aquí que no fou trobat per nul temps.—*Crónica lemosina de San Juan de la Peña.*

gón: sin duda fieles escuderos lo sustrajeron con tanto sigilo á los insultos del vencedor, que lo ignoraron los pueblos mismos, quienes no pudiéndose persuadir de su muerte, le creyeron huído como peregrino, ó arrebatado milagrosamente á la Tierra Santa para regenerarse al pié del sepulcro de Cristo. Veinte y ocho años después, durante la minoría de Alfonso II, apareció, de repente, un anciano que se titulaba Alfonso I, y hablaba de las batallas que había peleado en Asia durante su peregrinación, y de las antiguas con que había asegurado su reino, y manifestaba conocer las familias y los hechos de los suyos, y se quejaba de su desconocimiento, y con sus palabras y facciones que recordaban las del venerado emperador empezaba á traer á sí mucha gente, cuando por orden de la reina regente fué el impostor preso y ahorcado en Zaragoza. ¡Tanto vivía Alfonso I en el corazón de sus pueblos!

Sin embargo, algunos cronistas, especialmente castellanos, cuya nación tanto humilló el esposo de Urraca, no respetan ni su gloria ni su desgracia, atribuyendo ésta á castigo del cielo, ya por la sacrílega ocupación de los bienes de los templos, ya por el envanecimiento que en él engendraron tantas victorias. Fraga para ellos es el Gelboé del nuevo Saúl; es la piedrezuela en la cual tropezó el coloso de piés de arcilla. ¡Silencio sobre su tumba! las cenizas del héroe son sagradas, porque lo son los arcanos de la Providencia.

No se alabó Fraga por mucho tiempo de su reciente triunfo, ni de sus anteriores resistencias á los condes de Urgel y á los primeros reyes de Aragón. En 24 de Octubre de 1149, según Zurita, ó de 1153, según antiguas memorias de aquel pueblo, abrió sus puertas al marido de la sobrina de Alfonso I, al conde Ramón Berenguer, el mismo día que las abrió Lérida, de la cual no había sido sino un puesto avanzado durante la larga dominación de los valíes. Fraga fué dada en señorío á Guillermo Moncada, senescal de Cataluña, cuya descendencia no gozó en ella de tan pacífico dominio, que no tuviera con *el común* ó naciente

municipio, frecuentes disensiones. En 1333, enagenada la villa por los Moncadas, pasó á la reina Leonor esposa de Alfonso IV, á quien juraron por señora no sólo el consejo de los cristianos, sí que también la sinagoga de judíos y la aljama de moros, que todavía en el siglo XV tenían parte en el consejo. Desde entonces ya no fué separada de la jurisdicción real, y continuó ejerciendo dominio, á su vez, sobre muchos pueblos circunvecinos. El incendio de su archivo, en el siglo XV, nos impide investigar con mayor minuciosidad sus memorias de la Edad media, ya que de las antiguas nada sabemos sino que fué fundada en el año 72 de la cristiandad, bajo el imperio de Vespasiano, si es la *Gallica Flavia* de que habla Tolomeo.

Las barras de Aragón y un árbol son el escudo de Fraga; Felipe V estampó en él su flor de lís, al erigir en cuidad, y ciudad *fidelísima* y *vencedora*, á la que tanto por él había sufrido. Colocada en la frontera del principado, declarado ardientemente por el Archiduque, dos veces fué tomada por el enemigo, sufrió tres saqueos, y tuvo que rescatarse de las llamas con que se la quería aniquilar, por la suma de mil quinientos doblones. Indemnizóla el vencedor con honores y títulos, y á pesar de ser la más moderna de las doce ciudades de Aragón, le dió en cortes el cuarto asiento después de Zaragoza, Tarazona y Jaca, sin que por esto mejorara ni su suerte material ni su importancia verdadera.

Pero olvidemos ya la historia, cuyos recuerdos sucesivamente hemos evocado ante unos derruídos murallones; y dejando á Fraga á las espaldas, y á la izquierda aquella carretera y aquellos interminables eriales que se extienden hasta Zaragoza, y que como haciendo gala de su miseria tanto desconceptúan á Aragón á los ojos del viajero en diligencia; sigamos las frondosas márgenes del Cinca arriba por entre deliciosas huertas y viñedos, cuyo verdor se refleja en el ancho río, y produce más sorprendente efecto al pié de las áridas y arcillosas cordilleras, que á modo de bancales encajonan á uno y otro lado las orillas.

Ermitas y pueblecillos sembrados variada y pintorescamente en aquellas laderas quitan la monotonía al paisaje, y divierten el camino del viajero provocando su curiosidad y sendas preguntas á su conductor. Á la derecha asoma la ermita de Santa Quiteria, y más lejos blanquea el pueblo de Zaydin, cuyo nombre arábigo unen algunos al recuerdo de la derrota de Alfonso I; y al paso, media hora antes de atravesar á Velilla del Cinca, se presenta la bizantina ermita de San Valero que inmóvil y adusta al lado de aquellas olas que siempre corren, y de aquellos árboles que cada año se agostan y rejuvenecen, parece formar el contraste de la inmutable solidez con las gracias fugaces, de la duración con la instabilidad. Un retablo gótico representa allí al obispo de Zaragoza en medio de los dos santos diáconos Lorenzo y Vicente, en derredor los pasajes de su vida en pequeñas comparticiones: vense por el suelo varios escudos de armas, unos con lebrel, otros con castillo por insignia; pero en vano es buscar la fecha de la construcción primitiva, sólo es conocida por dos letreros la de sus reparaciones, la una en 1699, la otra en 1780.

Más imponente espectáculo es el que ofrece la naturaleza en el *Congost* ó estrecho de Vallobar. De repente las alturas que bordean el camino, toman un aspecto más grandioso, un corte más perpendicular, y unas formas caprichosas en su misma regularidad. Ya figuran una gigantesca torre con hendiduras á modo de aspilleras, ya el exterior de una catedral, vista primero por el ábside y luégo á lo largo de su inmensa nave con robustos estribos y caprichosas labores. Las capas de tierra sobrepuestas, y presentadas allí descarnadamente al estudio del geólogo, pintan aquellas fábricas antediluvianas con largas y simétricas fajas horizontales, ora blanquizcas, ora cenicientas, ora de un vivo encarnado. El estrecho sendero, ya bajando ya subiendo, caracolea al pié de aquellos derrumbaderos, y por el lado del río que corre allí á gran profundidad ofrece un precipicio no menos espantoso. Y como para descansar de estas ilusiones fantásticas, y de unas impresiones que el callado resplandor de la luna ó la siniestra luz de los relámpagos pueden elevar al grado de terribles, se presenta un risueño paisaje de dos ríos que unen sus aguas, de un lindo pueblo sobre fondo verde, y á la entrada de él un puente sobre un río, en cuyo espejo se reproducen sus arcos formando un óvalo entero entre ellos y su reflejo.

Pasado Vallobar y atravesado el Alcanadre, que son los nombres del pueblo y del río, se pierde ya de vista la corriente del Cinca, en cuya opuesta orilla han aparecido sucesivamente Almudáfar, Oso, el ameno Belver, y la antigua Chalamera, cuya conquista debida á los capitanes de la frontera fué nueve años anterior á la de Fraga. La campiña se vuelve por grados menos risueña, y menos rica la vegetación: después de Ontiñena rodeada de hermosa huerta sobre un arroyo, ya no se atraviesan sino llanuras casi desiertas, hasta llegar al antiquísimo puente sobre el Alcanadre situado junto á Villanueva de Sijena, desde el cual empezaba el territorio de aquel opulento monasterio de religiosas. Parece que la naturaleza va preparando á las emociones del arte y á los recuerdos históricos; y cuando al extremo de una larga y ancha senda se descubre la vasta fábrica, fundación y sepulcro de reyes, asilo de la hermosura y de la nobleza, se admira uno de ver la armonía que con ella guarda la pequeña llanura en que está plantada, árida como respirando silencio y virginidad, cerrada de cuestas por todas partes como destinada á la clausura.